

Albert Einstein

**La convención sobre el desarme
de 1932**

Berlín, 4 de septiembre de 1931

Todos los logros que ha alcanzado el genio inventivo de la humanidad a lo largo de los últimos cien años nos habrían permitido vivir en un estado de despreocupada felicidad si la capacidad organizativa del hombre hubiera corrido paralela a los avances técnicos. Dado el estado de las cosas, los cuestionables logros obtenidos por nuestra generación en la era de las máquinas son tan peligrosos como una cuchilla de afeitar en manos de un niño de tres años. La posesión de unos medios de producción extraordinarios no ha aportado libertad, sino preocupaciones y hambrunas. Lo peor de todo es el desarrollo técnico que posibilita los medios para la destrucción de la vida humana, y los productos de laboratorio creados con tanto esfuerzo. Los que contamos con más años ya pasamos por aquello, muertos de miedo, en la Guerra Mundial. Pero la inútil servidumbre a la que la guerra ha arrastrado a las personas se me antoja aún peor. ¿No es terrible que la comunidad nos obligue a efectuar acciones que cualquier persona consideraría los delitos más terribles? Muy pocos tienen suficiente altura moral para resistirse; a mis ojos, son los verdaderos héroes de la Guerra Mundial.

Pero queda un rayo de esperanza. Tengo la impresión de que los dirigentes más responsables de los distintos países, en general, tienen la sincera intención de acabar con la guerra. La oposición a este avance, cuya necesidad es incuestionable, se encuentra en las desafortunadas tradiciones que se transmiten de generación en generación, como una enfermedad hereditaria, a causa de nuestro defectuoso aparato educativo. Ni que decir tiene que esta tradición se sustenta principalmente en la formación militar y en las grandes industrias. No puede haber una paz duradera sin desarme; por el contrario, la prolongación del armamento militar, como se entiende actualmente, conducirá sin lugar a dudas a nuevas catástrofes.

De ahí que la convención sobre el desarme que se celebrará en Ginebra en 1932 vaya a ser decisiva para la generación actual y la venidera. Si pensamos en los lamentables resultados obtenidos en las convenciones internacionales celebradas hasta el momento, salta a la luz que todos los seres humanos conscientes y responsables deben ejercer una y otra vez todas sus facultades con el fin de informar a la opinión pública sobre la importancia de la convención de 1932. Los hombres de estado sólo pueden alcanzar su importante meta si logran inculcar la voluntad de alcanzar la paz en una gran mayoría de la población de sus países. Todos los seres humanos, con todas sus acciones y todas sus palabras, comparten la responsabilidad de consolidar esta opinión pública a favor del desarme. La convención estaría abocada al fracaso si los delegados llegaran a Ginebra con instrucciones e intenciones prefijadas, cuya obtención se convirtiera de repente un asunto de prestigio nacional. Esto es lo que

parece primar siempre que se reúnen los dirigentes de dos estados; últimamente hemos presenciado varios ejemplos, ya que siempre que se reúnen dos estadistas, el debate sobre el desarme se utiliza para allanar el terreno de la convención. Este procedimiento me parece muy afortunado, ya que, por lo general, dos personas, o dos grupos, se suelen comportar de la forma más sensata, honrada y desapasionada si no hablan para un tercero al que consideren que deben tener en cuenta o contentar en sus parlamentos. No podemos esperar sino que esta importantísima convención tome un derrotero favorable, siempre que se haya preparado exhaustivamente con reuniones previas para eliminar la posibilidad de sorpresas, y siempre que se ejerza la buena voluntad para crear eficazmente una atmósfera de confianza mutua.

El éxito en asuntos de semejante magnitud no es cuestión de inteligencia, ni siquiera de habilidad, sino de comportamiento honrado y confianza recíproca. A este respecto, no se puede sustituir la moral por el intelecto; me atrevería a decir que menos mal.

La tarea de las personas que vivimos en estos tiempos cruciales no consiste únicamente en esperar a los resultados y criticarlos; debemos aportar a esta gran causa todo lo que podamos. Porque el destino de la humanidad será el que, verdaderamente, nos hayamos ganado y merecido.